

Desconcierto

Isabel la observaba con incredulidad. Belinda era una mujer de unos sesenta años, de ojos vivaces de color marrón claro con algunos tintes ámbar; ciertas arrugas alrededor de ellos mostraban inequívocamente el paso de los años. De hablar fluido y sonrisa fácil, su relato parecía algo desconectado del contexto en el que se encontraban. Una mesa ricamente decorada, con vajilla de primera, comida abundante y bebidas a discreción, en medio de un ambiente festivo por el cumpleaños de una amiga en común era el elemento principal del escenario de este relato.

- Sí, caí con el "bendito" COVID-19 en la segunda ola. Eso debe haber sucedido en enero del 2021.
- Bueno, a la fecha, lo más raro es que alguien no haya sido afectado en alguna de las olas de esa enfermedad. ¡Cómo odio a los chinos! Isabel expresaba así su enojo. Siempre había pensado que la aparición y posterior diseminación de la enfermedad hasta convertirse en una pandemia a nivel mundial no había sido otra cosa si no una maniobra del régimen comunista de China para dominar al mundo. Creía también que en algún laboratorio remoto e ignoto se guardaba alguna otra enfermedad que sería convenientemente "liberada" según manden las circunstancias geopolíticas en el mundo.

Belinda e Isabel eran amigas desde hacía casi veinte años, pero las circunstancias del trabajo las habían alejado, pues la primera se fue a laborar a Camaná, una provincia próxima a Arequipa y casi se desconectó de sus colegas. Ambas se habían formado como anesthesiólogas en el hospital Honorio Delgado en donde permaneció trabajando Isabel y a decir de ésta, Belinda fue una de sus mejores discípulas.

- Tú sabes en las condiciones en las que nos vimos obligadas a trabajar. Los médicos jóvenes se asustaron con esta nueva enfermedad y los antiguos, bueno, ellos siendo población vulnerable tuvieron trabajo remoto y, como nosotras somos guerreras nos dieron los equipos de protección personal y ¡a trabajar!
- Claro, igual sucedió en el Honorio. Muchos médicos han cobrado sin trabajar por algo más de dos años, terció molesta Isabel.
- El hecho es que un buen día me sentí indispuesta, continuó su relato Belinda. Una opresión retroesternal me dificultaba la respiración. No perdí el olfato, pero tenía una sensación de presión que me exprimía de abajo hacia arriba, como quien exprime un tubo de pasta dental. Se iniciaba en ambos rebordes costales y comprimía mis costillas contra el esternón. Así las cosas, no tuve más remedio que ir al hospital de Camaná. Allí me diagnosticaron el COVID-19 e indicaron que debía quedarme en observación.
- Fueron tiempos difíciles para mucha gente, acotó Isabel.
- Es muy cierto. Imagínate que tan solo en los trámites burocráticos se tomaron algo así como ocho horas para trasladarme en ambulancia a Arequipa. ¡Qué horror! Ocho horas para el papeleo “necesario” para trasladar a un paciente. El viaje es otra historia: conectada a un balón de oxígeno mediante una mascarilla con reservorio, respiraba con dificultad y creo yo que, por un sesgo profesional inicié un tipo de respiración particular, tipo pip ...
- ¿Particular?, preguntó Javier —esposo de Isabel—. ¿PIP?
- Permíteme explicarte, y desde ya me disculpo por hablar así creyendo que todos debemos saber de lo que hablo. Decía “*particular*” pues inspiraba al máximo y contenía la respiración —es lo que llamamos “el pico máximo de presión en la

inhalación" o PIP — eso de alguna manera mejoraba mi oxigenación. Es un tema que manejamos los anesthesiólogos y los intensivistas. Me disculpo nuevamente por la descortesía. Disculpa ¿a qué te dedicas?

- Soy gerente de una tienda de artículos de pesca. Importamos cañas, anzuelos y aparejos para la pesca deportiva.

Javier la escuchaba con detenimiento y se decía a sí mismo cómo es que en algunos casos, la profesión determina que el mundo se perciba enteramente a través de ese cristal. No dejaba de sorprenderle que aún en esos momentos en que la vida de Belinda se encontraba en riesgo, ella tenía la suficiente presencia de ánimo para pensar fríamente en cómo mejorar su oxigenación. Ahora su relato era más bien pausado, casi sin emoción. A Javier le pareció esos pasos que continúan dando los atletas después de terminada una carrera; no se detienen abruptamente, sin que siguen corriendo, pero a un ritmo mucho más calmo.

- Les comentaba del viaje, no tienen idea de lo sensible que uno se torna. Créanme cuando les digo que sentía cada bache y cada rompe muelle del camino. Era como una coz en el pecho. Cada curva —aun cuando me encontraba sujeta en la camilla— me zarandeaba de lado a lado. Para mí el viaje duró una eternidad.

De pronto sus ojos se humedecieron y su expresión adoptó una sonrisa enigmática que solo ella comprendía. ¿Autocomplacencia, tal vez?

- ¡Ay, amiga! Por lo que has pasado y nosotras completamente ajenas. No sabemos nada de ti.
- Gracias a Dios, como ya estaban enterados de mi llegada, me habían preparado un ambiente en emergencia. Aquí me percaté que un señor casi nonagenario luchaba

por su vida en la habitación de enfrente y tal vez por su desorientación —por los años, un Alzheimer o tal vez el propio COVID ¡vaya uno a saber! — se arrancó una sonda, al parecer urinaria, y de pronto, sentí el golpe fuerte y seco de una palmada ¿cachetada? y el grito de una mujer que le recriminaba diciendo: *¡ya te hemos dicho que no te toques la sonda!*

Javier, con el rostro transfigurado por la indignación, prestaba atención a su relato. No podía creer que el personal que debía cuidar de los enfermos pudiera tener ese tipo de tratos con personas tan indefensas. ¿Y la vocación de servicio? Algo anda mal en esta sociedad cuando los que deben cuidar de nosotros nos agreden —pensó— Claro que había conocido de situaciones similares en “cuidadoras” de bebés, pero no en profesionales de la salud.

Mientras tanto, el salón desbordaba alegría y la música invitaba al contoneo de cuerpos cada vez más desinhibidos por las bebidas ingeridas. Los jóvenes, como casi siempre, se adueñaban de la pista de baile e improvisaban nuevas coreografías. Los mayores hacían lo suyo y era evidente la diferencia generacional según los movimientos al bailar.

- Mientras esperaba que me intuben, sentía que el oxígeno que ingresaba a mis pulmones era cada vez más insuficiente. Desesperada, tocaba el timbre de ayuda con insistencia, pero créanme, podía tocarlo todo el día y nadie se acercaba en mi auxilio. Con las escasas fuerzas que aún me quedaban me deslicé en la cama girándome boca abajo — *“prono”* le llamamos, querido Javier — y me quedé en esa incómoda posición hasta que llegó una enfermera que muy molesta me dijo: *¿Qué*

¿cree que está haciendo? Indignada, desesperada y agotada hasta la extenuación, solo atiné a decirle: *¡Lucho por mi vida!*

La frase retumbó corta y contundente: *¡Lucho por mi vida!* ¡Qué gran verdad!, se dijeron Isabel y Javier. Cuántos seres humanos lucharon por su vida y cuántos perdieron la batalla. El Perú fue uno de los países con mayor letalidad por COVID-19 a nivel mundial.

- Luego de eso me intubaron y permanecí así por cuarenta y cinco días. Y no es que te desconectas del mundo exterior. Recuerdo claramente —o así lo creo— las visitas médicas; escuchaba con atención las indicaciones y uno que otro detalle de ese mundillo hospitalario que, créanme, preferiría olvidar. Recuerdo también la partida de algunos de mis eventuales vecinos de habitación, partida sin retorno. Vecinos sin rostro pues nunca pude verlos. Solo era consciente de algún nuevo ingreso pues se modificaban las rutinas en la visita médica.
- O sea ¿no entras en una especie de coma inducido, ajena a lo que pase en el exterior? Hasta donde sé, continuó Javier, en ese estado en el que te encontrabas no es posible darse cuenta de lo que sucede a tu alrededor. Al menos eso creía, hasta ahora.
- No fue así en mi caso, pues escuchaba todo a mi alrededor. Más bien, en los últimos días en los que permanecía intubada conectada al ventilador, sentía la presencia de un personaje oscuro de quien no podría precisar sus rasgos. Me visitaba todas las tardes y luego se sentaba cerca de mí e iniciábamos un juego de naipes. No importaba cuánto hiciera yo, él siempre ganaba las partidas. Eso me producía gran frustración. Debo aclarar que, evidentemente, esto era un juego de mi mente pues estando intubada era imposible que pudiera jugar. Ahora lo sé. Pero entonces así lo creía.

Isabel y Javier la observaron con atención y pudieron percibir cómo una sombra transfiguró su rostro. Cruzaron desconcertadas miradas entre ellos, luego la primera preguntó: *¿amiga, te estabas jugando la vida a los naipes?*

- ¡No lo sé!, respondió Belinda. Lo que les puedo decir es que uno de esos días le reclamé a Dios por tenerme en esas condiciones. *He enfermado por atender pacientes, según tu voluntad y eres Tú quien debe restablecer mi salud.* Esa tarde se presentó nuevamente el personaje oscuro para jugar a los naipes y cuando me disponía a sentarme, para continuar con nuestros juegos vespertinos, sentí claramente cómo alguien, con relucientes ropajes, —que creo que fue Dios— me desplazó de mi asiento y jugó a las cartas en mi lugar, ganando finalmente la partida. En ese momento el otro personaje desapareció y poco después me extubaron y pasé a una sala general a continuar con mi recuperación.
- ¡No lo puedo creer!, exclamaron al unísono sus compañeros de mesa. *Al parecer Dios jugó la partida final contra la muerte y venció,* sentenció Isabel. *Debes sentirte afortunada y bendecida,* agregó Javier. En ese momento el sol del atardecer iluminó de una manera extraña el rostro de Belinda, quien parecía disfrutar en ese momento de una vida renovada.

En el salón, los invitados, ajenos a esta historia, bailaban alegremente al ritmo contagiante de Celia Cruz, quien con su conocido ritmo nos recordaba que “la vida es un carnaval”.